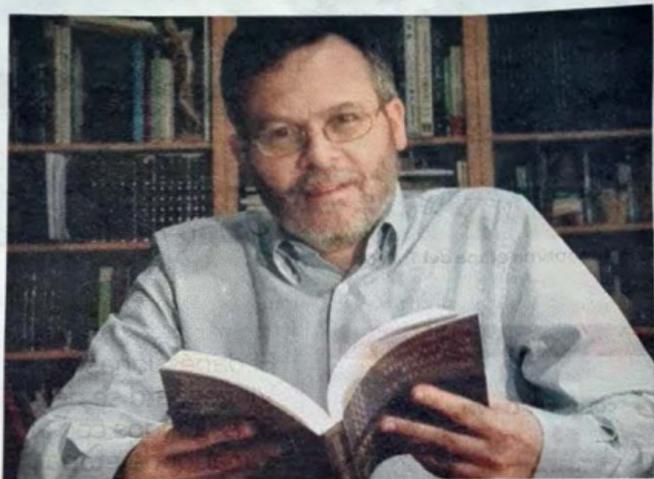


ABELLA

Escribir duele, aunque casi siempre suele llevarme a un final feliz. Hoy todo es dolor y no encuentro hueco para el placer ni remedio para la pena; hoy, sangro por la herida en cada palabra que escribo para compartir con los lectores de mi periódico mi quebranto por la muerte de José Antonio Abella, amigo del alma, hombre bueno y cabal, médico de Primaria, escritor de primera (muy premiado y muy leído), escultor de la trashumania, artista pleno.

Segoviano de corazón y sin estridencias, durante décadas he seguido sus pasos, he aprendido de sus actos, admirado sus obras y sentido su apoyo en mis momentos más cruciales. Gracias.

Me estimuló a escribir y a publicar mejor, corrigió mis borradores, criticó a priori mis defectos en privado y editó mi libro más doliente, Cayo es mortal; recientemente, me confió su libro póstumo, Un sujeto afortunado, "a publicar cuando ya no esté", me dijo.



Me identifico sin fisuras con los valores éticos y estéticos que alumbraron su vida, con sus actitudes solidarias y con su firmeza frente a la injusticia. Abella ha sido -es, pues su ejemplo y su obra quedan- un ser especial y a la vez muy sencillo, de esos que, con su simple presencia, nos alientan a ser más buenos y a buscar la excelencia

en los proyectos que afrontamos. Me siento "un sujeto afortunado" al haber podido compartir con él vivencias importantes y gozar de su amistad.

Sé que, a partir de ahora, voy a sentirme más solo en el camino.

**JUAN ANDRÉS
SAIZ GARRIDO**